

Residencia en la noche

Mercedes Roffé: *Linternas flotantes*

Bajo la luna

En el presente de la poesía escrita por estas orillas, o, para ser más claro, en el actual panorama de la poesía argentina, visiblemente encandilada por los espejitos (y espejismos) del minimalismo, un libro como el de Mercedes Roffé parece casi imposible. Como si cayera desde lo alto un platillo volador. O como si viéramos acercarse, sobre las aguas amorrionadas del Río de la Plata, una de esas lamparitas de papel que los japoneses utilizan en la conmemoración de ciertas ceremonias y festividades religiosas. Faroles o Linternas flotantes, se llaman, y su función —si no me equivoco— es ayudar a que durante esos días las almas de los muertos encuentren el camino de regreso a su lugar de origen. Sólo que ese hogar, o lar primigenio, no sólo se encuentra aquí, representado por el tiempo que compartieron con nosotros en esta vida, sino a un tiempo anterior, del que vienen y al que regresan constantemente todas las almas.

Ahora bien, relacionar estos dos mundos (el de todos los días, y el otro, que viene de las profundidades de la noche) ha sido desde siempre uno de los trabajos más silenciosos y solitarios de la poesía de todos los tiempos. Abismarse en ese no ser, que no es otra cosa que nosotros mismos, como diría Octavio Paz. Esa curiosa actividad espiritual cifrada en su opuesto y su complemento (la materialidad del lenguaje). Algo que está en nosotros, pero que no somos nosotros, y que a veces encontramos al leer, o —si tenemos suerte— al escribir poesía. Por eso digo que la aparición de este libro cumple con una función de esa índole, de indudable revelación. Sobre todo en un panorama donde el misterio, como tal, parece no existir, o mostrarse completamente devaluado ante las exigencias de la inmediatez, que se renuevan constantemente y que se agotan con la misma facilidad. No estoy en contra de ese entramado superficial —y en algún sentido pavoroso— que es, desde siempre, la cercanía del mundo visible a nuestro alrededor; pero me temo que se trata de una inmediatez a secas, sin ese efecto de noche que cualquier imagen o palabra, por otra parte, nos revelaría a contraluz.

La poesía de Mercedes Roffé, por el contrario, se mete, como pedía Rilke en alguna de sus cartas, con lo más difícil. Sólo que en sus poemas cada palabra explota y se aligera, hasta formar un extraño sistema de constelaciones rítmicas y sonoras, gracias al cual percibimos el otro lado de esa oscuridad, que no es otra cosa que un leve ideograma de luz. De hecho, el libro comienza diciendo: *Dormir con los ojos abiertos, bien abiertos / Dormir alerta / Dormir de pie, con la frente apoyada en el vano del día / Residir en la noche / toda en la pura presencia de la letra.*

Esta “residencia en la noche”, “apoyada en el vano del día”, coloca la poesía de este libro en un lugar que es otro, al margen de las estrategias literarias, pero también (y sobre todo) le permite construir los cimientos de una arquitectura flotante, casi aérea, cuya función principal es unir esas dos orillas que son, desde esta perspectiva, un punto de encuentro y un punto de separación. Y ni siquiera se trata de orillas demasiado precisas (la noche por un lado y el día por el otro). No. Ambas realidades se funden en una misma esfera de sueño y vigilia ininterrumpidos, donde una nos habla de la otra, pero también a la inversa. Como en este poema, por ejemplo, cuando en determinado momento dice: *Pasan en naves los días / hacia vaya saber qué ribera.* E inmediatamente, hace girar el timón de esas naves, y termina diciendo: *Disolución / Disolución / Nada / Nada / se diluye // Por lo demás, no hay ribera.*

De ese desarraigo profundo, (“vaivén de sombras/ vaivén de tierras reveladas”) nacen los poemas. Y a la vez, no. Quiero decir, tampoco se trata —como podría suponerse— del efecto de distancia que le da a la poeta el hecho de vivir en Nueva York. No es una poeta en Nueva York la que habla. El tiempo y la distancia son otros. La voz misma, también, es otra, impulsada por esas aguas hacia adelante y hacia el pasado, o todavía más lejos, en esa suspensión del tiempo que une, en una sola oleada mágica, como diría Borges, pasado, presente y porvenir.

Voz hecha de memoria y de olvido, sin que estas dos posibilidades se rechacen, necesariamente. Como en el poema donde comienza diciendo: *No hay distancia / la distancia es fuego. / No hay distancia / la distancia es humo y ceniza / la distancia es espejo / es la tierra que pisas / la distancia es mi rostro en el espejo / tus pasos sobre tus pasos / sus cenizas sobre tus cenizas.*

La fuerza y la belleza de estos versos, como ocurre con la poesía generalmente, es relampagueante. Dice lo que dice, pero

también lo que no dice y se encuentra, de una manera o de otra, en cada uno de nosotros. Suspensión del sentido que se acerca y que se aleja a través de ese transporte rítmico, y un poco hechizante, que contiene todo movimiento de repetición. Cada verso funciona así. Cada palabra, venciendo las leyes de la gravedad, funciona así. Nada pesa y todo se diluye y se transfigura. Los motores trabajan a una velocidad alarmante y, al mismo tiempo, lentísima, como si el mundo se hubiera detenido. Parece el reino de las paradojas, vale decir: se llega lejos porque se está cerca; se avanza porque se retrocede, etcétera. El poema, gracias a esto, flota, de alguna manera, sobre las aguas —sobre las aguas del lenguaje—, y como en la otra parábola, también aquí lo que se pone en juego es, ni más ni menos, una cuestión de fe.

Afuera, la realidad exterior desaparece, pero también el “yo” con su bagaje de referencias más o menos biográficas se desploma, hace agua por todas partes. Lo que queda, en todo caso, es el eco de una palabra, el efecto de una música que vuelve cada tanto a decir lo mismo, y eso mismo que dice es el vacío que se encuentra en el centro todas las cosas. Y que la poesía desenmascara, poniéndose a sí misma como evidencia. Cito: *Ese hueco en el alma / ese hueco en la bóveda del cielo / ese cañón de luz / cruzando la creación / de arriba abajo / como un iris, un puente, una promesa.*

No puedo evitar, al leer estos versos, imaginar que se trata de un elogio pánico de la poesía: *Ese hueco en el alma / ese hueco en la bóveda del cielo / ese cañón de luz / cruzando la creación / de arriba abajo [la poesía] / como un iris, un puente, una promesa.* Y a la vez, no. Siempre es otra cosa. Siempre una imagen adentro de otra imagen, una realidad adentro de otra realidad. En este sentido, *Linternas flotantes* es un libro no sólo mágico, sino también omnívoro y vertiginoso. De lo que habla, claramente, no lo puedo decir, y ese no poder decir, esa cosa indecible que flota entre una verdad y su contrario, es la clave para poder entenderlo. O como nos dice Mercedes Roffe en otro poema, que es algo más que metapoesía, es un ábrete sésamo a la realidad intraducible de la poesía en general, y de la poesía que hay en este libro en particular. Cito: *El poema es el rostro en el espejo / más verdadero que el rostro y que el espejo. / El poema es el ritmo / de lo otro en mí, siempre, más allá / donde mi silencio se topa con tu ritmo / y repercute en mí / que solfeo en el poema / un ritmo numinoso / cifra que hace eco en el eco / que*

es cuerpo verdadero. Cuerpo, en definitiva, que es pura fantasmagoría luminosa. Como esas pequeñas linternas flotantes que son las palabras, donde cada sonido es el eco, el espejo, la sombra, de una misma e inquietante contradicción.

Oswaldo Bossi